

SANDRA ANDRÉS BELENGUER




Deja cantar  
a la muerte

CROSS  
BOOKS

SANDRA ANDRÉS BELENGUER

Deja cantar  
a la muerte



CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Sandra Andrés Belenguer, 2019  
© Editorial Planeta S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: abril de 2019  
ISBN: 978-84-08-20798-6  
Depósito legal: B. 4.928-2019  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

## *Al filo de las tinieblas*

«Nunca a su alrededor había sido más opaca la oscuridad...

Nunca el silencio más pesado ni terrible.»

GASTÓN LEROUX,

*El fantasma de la ópera*

Miedo.

Se coagulaba a su alrededor.

Pulsante. Helado.

Podía respirar su hedor funesto y sentir cómo su veneno le roía las venas. Tal vez no fuera demasiado tarde. Tal vez, si no se dejaba dominar por el pánico, tendría alguna posibilidad de escapar.

De pronto, cada uno de sus pasos le devolvió el eco de un crujido. Giró la pequeña cámara de vídeo digital. Su luz, una esperanzadora estrella que le servía de guía en el reino de la noche, le mostró los vestigios de la muerte.

Cientos de esqueletos se arremolinaban a sus pies conformando una alfombra dantesca. Estaba pisando restos de cuerpos que una vez vivieron en la superficie, ajenos al

destino que los aguardaba, despreocupados por un futuro que jamás imaginaron entrever. Ilusiones, sueños, recuerdos... Cada uno de aquellos huesos tenía una historia que contar que ahora permanecería muda y desconocida para siempre.

Contuvo el aliento al tomar en sus manos la única calavera existente cuyas cuencas parecieron devolverle la misma mirada de terror. Reconoció el cráneo fracturado por la grieta que surcaba el agujero donde una vez se alojó la nariz. No era la primera vez que lo veía. Sí, estaba seguro. Hacía poco que había transitado aquel mismo túnel.

Con la calavera todavía en su poder, enfocó el muro de la derecha. Nada. Únicamente la piedra desnuda.

—No puede ser... Dios mío, es imposible... Dibujé una flecha justo aquí, ¡juraría que fue aquí!

El silencio lo envolvió todo de nuevo. Engulló cualquier atisbo de sonido, apagó el tintineo de las gotas que se desprendían de las pequeñas estalactitas, enmudeció a las ratas. El silencio era un habitante más de aquel submundo y se unía a la oscuridad dispuesto a golpear su cordura.

Observó de nuevo la calavera, como si esta pudiera susurrarle las respuestas que andaba buscando. Por un momento creyó que aquella sonrisa descarnada, aquel gesto congelado en un rictus de risa eterna, se burlaba de su desesperación.

Un pensamiento le cruzó el cerebro con la fuerza y la velocidad de un relámpago. «Pronto me uniré a estos huesos...» No podía abandonarse a la locura, cualquier señal de rendición suponía la muerte.

—¡Maldita sea! —gritó al tiempo que arrojaba la calavera contra el muro.

Reanudó la búsqueda con el pulso latándole frenéticamente en las sienas. Debía darse prisa. Concentrarse. Había bajado a aquel lugar en numerosas ocasiones, era un experto

conocedor de sus galerías, de sus recovecos... Entonces ¿por qué no conseguía encontrar el camino de regreso? Ya no le quedaba comida ni agua y la batería de la cámara no duraría mucho más.

Aturdido, siguió adelante bajo el peso de la angustia. Apenas sentía los pies. El frío había comenzado a lanzar mordiscos y estos le atravesaban voraces el mono y las botas hasta alcanzarle la piel.

La trémula luz silueteó un cruce de corredores. ¿Había pasado por allí con anterioridad? Ni siquiera podía recordarlo. De repente, todo se le antojaba nuevo, desconocido. Un dédalo de tinieblas. Quizá la leyenda fuera cierta... Quizá aquel lugar albergara en sus entrañas las puertas del infierno...

Dio un respingo. Sus divagaciones se cortaron en seco. La cámara tembló mientras enfocaba un grabado realizado en la roca. Ante sí apareció la figura fantasmagórica de un hombre, de trazos blancos, los brazos y las piernas, alargados hasta extremos imposibles, parecían señalar varias direcciones, como un Hombre de Vitruvio distorsionado. Su rostro era solo la apariencia de unos ojos humanos inmersos en un borrón níveo. Aquellos ojos sin pupilas destilaban un pavor sobrenatural.

Se pasó una mano por la frente. ¿De verdad estaba contemplando aquello. O era producto de su mente, arañada por las garras del miedo? Cuando su mirada se enfrentó de nuevo a aquel ser, tan alto y deforme que parecía extraído de una pesadilla, creyó estar ante una especie de dios. Rozó el grabado con una veneración nacida de la locura. Estaba húmedo, como si transpirase...Vivo.

Ahogó un gemido. En respuesta oyó un suspiro, tal vez el sonido de un aliento al ser expulsado, una ligera pero innegable perturbación en aquel aire maldito. Se volvió con el

corazón golpeándole las costillas y descubrió que la galería por la que había llegado estaba de repente cerrada. Un muro bloqueaba el paso.

¿Cómo podía ser? Sus sentidos se agudizaron, sus nervios quedaron al desnudo. Un rumor lejano se aproximaba oscilante como las suaves olas al rendirse en la orilla de una playa... La ilusión de un cántico... Un lamento hecho música, una voz espectral que se colaba por los túneles con el único propósito de llegar hasta donde él se encontraba. De alguna forma sabía que la voz cantaba para él, y aquel convencimiento sacudió la poca calma que aún conservaba.

—¿Hay... alguien ahí?

Puede que fuera un compañero que, habiendo encontrado sus flechas, estuviera buscándolo, otro explorador de aquella tumba subterránea...

—Sí. —La voz sin labios estalló nítida en su oído izquierdo—. Soy la muerte.

Comenzó a correr como un loco, poseído por un miedo visceral. Elegía los túneles al azar: recto, derecha, izquierda, dudando solo milésimas de segundo antes de precipitarse, sin saberlo, a otro corredor que, bajo la luz de la cámara, se le antojaba igual que el anterior.

Era un ratón atrapado en un laberinto milenario. No escuchaba pasos tras de sí, pero la certeza de ser perseguido consumía lo poco que quedaba de su raciocinio. Rezó. Él, que no creía en el más allá, rezó para que alguien lo encontrara, rezó para que algo no lo hiciera primero.

Una carcajada siniestra se desplegó en la negrura. La percibió en todas partes, a su alrededor, en cada pasillo, rebotando en las bóvedas... Era real. Tanto como su respiración entrecortada por un llanto incipiente.

Tropezó. Cayó al suelo y se hirió las manos con las astillas de los huesos que había diseminados por doquier.

De su boca surgió un grito. De dolor. De pánico. Poco importaba. Se puso en pie y trastabilló. Volvió a caer. Apoyó las rodillas y se incorporó otra vez. Corrió sin mirar atrás. Ni siquiera cuando la cámara se le resbaló de la palma sudorosa y aterrizó en un charco.

Solo se detuvo para tomar aire.

Unos instantes.

Una eternidad.

Entonces sintió cómo una mano de dedos helados le tocaba el cuello. Alzó la vista en la penumbra y supo que era demasiado tarde. La oscuridad lo engulló para jamás regurgitarlo.



## 2

# *Cuando el miedo baila*

«Christine fue perdiendo toda su seguridad. Temblaba. Se encaminaba hacia una catástrofe...»

GASTÓN LEROUX,  
*El fantasma de la ópera*

Odiaba aquella sensación.

Y la temía.

A veces, odio y miedo se confunden hasta desdibujar sus límites.

Y allí estaba de nuevo, alojada en el precipicio de su estómago, enturbiando sus latidos, ávida de su aliento. Un espectro interno que la perseguía todos los días y se alimentaba de su energía despacio, muy despacio, complacido de saber que tarde o temprano quedaría definitivamente saciado.

Habían pasado cuatro años desde que comenzó a notarla. Al principio apenas era perceptible. Como una voz sutil, peligrosa pero lisonjera, que susurraba palabras preñadas de veneno solo para ella. Y ella fingía no ser consciente de su existencia, pero pronto dejó de oír sus murmullos para escucharlos con una entrega total y enfermiza. O tal vez fuera

como una caricia prodigada por unas manos invisibles que no tardaron en tirar de su cuerpo para anclarlo a sus miedos.

Miró a su alrededor al tiempo que percibía una gota de sudor recorrerle la mejilla. Sus compañeros asistían a la clase de madame Denize ajenos a su perturbación. Incluso Charlotte parecía haber olvidado por unos instantes que debía hacerle la vida imposible y se había concentrado en el inicio de la nueva asignatura. Era un alivio, pero no duraría. Su buena suerte, si es que la tenía, nunca duraba.

La luz procedente de las añejas arañas colgantes serpenteaba en el suelo de parqué. Los contrastes de la Sala Tchaikovsky saltaban a la vista: artesonado salpicado de querubines, barras metálicas, piano de cola con evidente desgaste en las teclas, un equipo de música de alta gama... Y a ambos lados, unos espejos enormes que le devolvieron una imagen que la inquietó. Pensó en uno de sus héroes literarios, Atreyu, y no pudo evitar sentirse en su piel. Los espejos de aquella sala de ballet se transformaban cada día en la Puerta del Espejo Mágico, una de las pruebas que el protagonista debía superar para continuar su viaje. Una prueba en la que el cristal reflejaba el verdadero interior de las personas. Christine sabía que su interior no podía mostrarle nada bueno en aquel momento.

Otra vez el hormigueo en las piernas. Otra vez el frío colándosele en las venas. Otra vez aquella maldita y terrible sensación.

Durante esos cuatro años no había querido darle un nombre. Pensaba que, de hacerlo, le conferiría el poder de ser más real, más poderosa. E, incluso así, no consiguió desprenderse de sus garras. Estaba cosida a ella. Era su rehén. Nada más despertar la notaba enroscarse en su pecho. Se vestía oyendo sus ecos siseantes en cada recodo de su mente. Se preparaba la mochila guiada por sus hilos de titiritero. Desayunaba con aquel huésped ronroneando en su estómago.

Caminaba sintiendo cómo su magnetismo negro la instaba a regresar a casa. Y cuando llegaba a la Schola Cantorum sabía que no había vuelta atrás. Aquella sensación insidiosa se había adueñado de su cuerpo y de sus emociones. Seguía sin ponerle nombre. Pero Christine tenía muy claro cómo definirla.

La sensación le gritaba que huyera. La sensación la había convencido de que no debía estar allí. La sensación había ramificado, y sus raíces, sedientas, le absorbían la vitalidad y la dejaban a merced de sus propias inseguridades.

Christine era temblor. Era abismo. Era miedo. ¿Cómo podía ser que algo que amaba desde niña se hubiera convertido en la fuente de sus pesadillas? Sabía que su peor enemigo era ella misma. Y, sin embargo, no conseguía reunir la fuerza suficiente para vencerlo.

Se palpó el moño para asegurarse de que ningún mechón de cabello escapaba y realizó los últimos estiramientos. Unas palmadas enmudecieron los murmullos de los estudiantes. Madame Denize comenzó a explicar lo que harían aquella tarde de otoño en la clase de ballet contemporáneo. Era una mujer de mediana edad, expresión severa, pero sonrisa dulce. Siempre con el cabello oscuro recogido en un moño perfecto, siempre con la mirada certera e impenetrable. Christine solía compararla con un cisne negro. Esbelto, hermoso a su manera y al mismo tiempo cargado de frialdad. Una elegancia hierática que pocas veces demostraba su belleza al bailar. Y es que madame Denize no practicaba sus clases con el ejemplo. Era bien sabido por los alumnos de la escuela de música que aquella profesora había sido bailarina en otro tiempo y que había alcanzado la fama hasta que el telón de su destino se precipitó sobre ella en forma de accidente.

El estigma de su cojera quedaría siempre marcado en su carrera. Sin embargo, sus clases eran las más demandadas. Una sola palabra positiva de los labios de aquella mujer po-

día abrir muchas puertas. Y su conocimiento del ballet moderno rozaba la genialidad.

—Bien, durante estas tres primeras semanas habéis bailado en grupo, coreografiados, como copias unos de otros. —Mientras hablaba, introdujo un cedé en el reproductor de música que había al fondo de la sala—. Sois alumnos de último curso. Demostrar que sabéis ejecutar un *arabesque*, un *bat-tu* o un *croisé* debería ser vuestra preocupación a los diez años, no a los diecisiete. Ya no quiero ver copias. No en mi clase. El ballet contemporáneo es mucho más que aprenderse unos pasos. Es arte, es magia, es vida. Y la vida no se coreografía, ni se ensaya. La vida se improvisa, y eso es lo que vais a demostrar hoy.

Christine notó cómo la sensación que tanto temía se abría paso más allá de su maillot blanco hasta vestirle la piel con las escamas del miedo. A su alrededor, todos murmuraban optimistas, deseosos de hacerse valer.

Meg, su única amiga en la escuela, le sonrió mientras alzaba el pulgar de su mano derecha. «Será genial», parecía decirle. «Fracasarás», gorgoteaba en respuesta la siniestra voz en sus entrañas.

Fuera, los ropajes del atardecer vestían las calles de París con sus tonalidades violáceas. Christine intentó relajar los músculos. Su cuerpo le suplicaba que se perdiera en la ciudad, que enterrase las zapatillas junto a sus sueños inalcanzados y se adentrara en el crepúsculo para jamás volver. Sin embargo, los acordes de una melodía lograron que sus pensamientos regresaran.

—¿Alguien reconoce la música o intuye quién es la intérprete? —preguntó la profesora.

La mayoría negó con la cabeza. El corazón de Christine le vibró entre las costillas. Por supuesto que la conocía. Su padre solía interpretarla años atrás mientras ella bailaba entre-

gada por completo a los acordes del violín. El vídeo oficial, colgado en YouTube, mostraba a la propia compositora como la protagonista de una escena un tanto peculiar: se despertaba encerrada en un sótano de paredes grises y puertas tapiadas. La joven intentaba escapar en vano hasta que, en su desesperación, descubría a sus pies numerosas cajas de diversos tamaños. Todas ellas guardaban bombillas y velas... salvo una, en cuyo interior reposaba un hermoso violín. Triste y vencida, la chica colocaba el instrumento en posición y comenzaba a tocar, como si únicamente así pudiera desterrar el pánico que le producía su cautiverio. Poco a poco, por arte de magia, las velas se encendían prendidas mediante un aliento invisible, las bombillas refulgían sin electricidad alguna. Y la violinista, embriagada por aquel milagro, seguía tocando hasta que su lóbrega cárcel de muros desnudos se convertía en un vergel de luces.

Madame Denize esperaba a que alguien respondiera. Pero Christine no dijo nada. Su garganta contenía la emoción, la sensación le triplicaba los nervios.

—Me sorprende que nadie haya escuchado esta composición de la joven violinista Lindsey Stirling, *The song of caged bird*. —Madame Denize paró la música y dio una sonora palmada—. Comencemos entonces. ¿Christine? Tú serás la primera. Sedúcenos, intenta hacernos sentir lo que la música te transmite. Libera tu cuerpo.

La joven se situó en el centro. Todas las miradas se clavaron en ella. Las notó una a una. Incluida la de Charlotte.

El adagio del violín pareció sacudir el aire a su alrededor. Tan triste, tan desolador que la sensación se carcajeó desde lo más profundo de sus pensamientos.

Por unos instantes tuvo el presentimiento horrible de que su cuerpo no reaccionaría, de que el frío que lo invadía la congelaría y se vería multiplicada en los espejos como una

muñeca de cuerda... para siempre. Cerró los ojos y pugnó por concentrarse. La parte más instintiva que todavía conservaba activó todos sus músculos obligándola a iniciar una cadencia suave. No podía pensar, abandonarse a su mente. Si lo hacía, estaría perdida. La música no pertenecía al cerebro, sino al corazón. Y el suyo estaba marchito. Hueco por dentro. Era la sombra de una sombra.

El violín acentuó el ritmo iniciando un intenso crescendo. Christine trató de seguirlo, de capturar su esencia. Y en ese convencimiento, bailar para atrapar la música, se vio acorralada. Ningún bailarín perseguía un acorde. Los hacía suyos, los poseía, los acunaba con movimientos nacidos de la pasión más pura.

Alzó los brazos, estiró la columna y extendió los dedos para acto seguido realizar un giro. La música ganaba en intensidad, absorbía su terreno... Y la sensación se tensaba en su pecho, vibrante como las cuerdas del violín que resonaba en la sala. Le recordaba su cobardía, le reprochaba su falta de energía, la ensordecía hasta perder la noción de sí misma.

Sintió que era ella la que estaba secuestrada en el sótano del vídeo. Veía con total nitidez los muros grisáceos, las ventanas tapiadas con ladrillos, el polvo revoloteando hasta convertirse en polillas... Los rostros de sus compañeros comenzaron a desenfocarse a su alrededor, el rictus de madame Denize se enturbió, los querubines desaparecieron entre los destellos de las arañas. No conseguiría crear luz. Las bombillas y velas que se encendían para la violinista no relucirían para ella.

Nunca lo harían.

Permanecería encerrada en aquel zulo toda su vida.

Nadie oiría sus gritos.

Nadie la recordaría.

Nadie... Jamás...

Su pulso disparó todo su cargador de adrenalina y durante unas milésimas de segundo creyó, dominada por un pánico incipiente, que las compuertas de la sala se abrían de par en par para vomitar una cascada de agua donde el violín se convertía en un recuerdo lejano.

Y de repente cayó al suelo, jadeante, todavía asustada. Se dio la vuelta justo para ver la sonrisa burlona de Charlotte y supo lo que había ocurrido. Apretó los dientes. La zancadilla no la eximía del fracaso en el que se había sumergido.

Un rumor de susurros se extendió, sombrío y nervioso, en el aire cargado de olor a resina y sudor.

—Christine... —Madame Denize negó con la cabeza. Su voz transmitía decepción—. Hace cuatro años que estudias en este centro. Tus anteriores profesores afirman que tienes potencial... Pero ¿quieres saber qué es lo que he observado yo en tan solo tres semanas de clase?

La joven se levantó con la mirada enrojecida. No lloraría. No delante de madame Denize. No delante de Charlotte. Se mantuvo en primera posición. Cuerpo erguido. Alma encogida.

—Eres perfecta en tu técnica. —Los ojos negros de la maestra de ballet le recorrieron el cuerpo. Desde la punta de los pies hasta la postura de la cabeza—. Pero eso es todo. No veo vida en tus movimientos, no transmites pasión, ni deseo... Bailas mecánicamente. Eres una autómata, Christine. Nada más.

Se oyó una risita a sus espaldas. Christine se sintió febril. A punto de fracturarse por dentro.

—Tal vez tengas potencial, pero no ganas. Vas a tener que esforzarte mucho si quieres terminar tus estudios aquí. Piensa si de verdad quieres que el ballet sea tu vida o enfréntate ya a la posibilidad de renunciar. —Madame Denize extrajo el cedé y dio una nueva palmada—. Se acabó la clase. Mañana

continuaremos, y espero que el siguiente bailarín no me defraude.

Ni siquiera fue consciente de que los demás abandonaban la sala, ni de cómo Meg le daba una palmada en la espalda con actitud cariñosa. Se sentó en el parqué y se quitó las zapatillas para comprobar que sus pies necesitaban más de una tirita.

—Gran exhibición la de hoy, Christine.

Charlotte bebió un sorbo de agua de su botellín y rio mientras se despeinaba los bucles rojizos con los dedos.

—Me ha encantado, en serio.

—Déjame en paz.

—No te hagas la mártir ahora. ¿Acaso has olvidado nuestro trato?

Christine se mordió el labio inferior. Los ojos le escocían de nuevo.

—Veo que sí, pero te conviene tenerlo muy presente, ¿me oyes? Me importa bien poco que tú solita te cargues tu carrera como bailarina, pero como tararees una sola nota en clase de canto, te juro que lo lamentarás.

Palpitaciones de silencio.

—Soy la hija del director de esta escuela. Es decir, alguien importante, y no una perdedora como muchas de las que estáis aquí. O te mantienes en el coro, que es donde te corresponde estar, o ya puedes ir despidiéndote de tu preciada beca. Qué pena, ¿no? ¿De dónde sacaría tu abuelita el dinero para que su niña sea toda una artista?

Christine cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Justo antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la puerta, Charlotte escupió una última advertencia.

—Una sola nota en solitario y *au revoir*, Christine.

Las lágrimas conquistaron sus ojos. Tristeza líquida que se le precipitaba por las mejillas hasta posársele en los labios.



La sensación decía la verdad. La sensación era más real que aquel sabor salado que le quemaba la lengua. La sensación volvía a ganar.

Cuando salió al pasillo caminó en dirección contraria al resto de los alumnos, que acudían solícitos a sus respectivas asignaturas. Algunos afinaban los oboes, otros repasaban unas escalas, reían, flirteaban, soñaban...

Recogió la mochila en la taquilla del vestuario. No asistiría a clase de canto, haría novillos una vez más. Si seguía faltando, perdería la beca. Cerró los ojos, preocupada. Esa beca era un último intento de luchar por un sueño que ya comenzaba a estar tan destrozado como sus pies de bailarina. Pero solo sentía deseos de huir.

El odio y el miedo no tienen un límite definido, se trenzan, burbujeantes y encendidos, hasta convertirse en uno. Christine era consciente de ello, y aun así su valentía daba siempre un paso atrás hasta refugiarse en las sombras. En su oscuro seno se hacía pequeña, casi invisible. Pero al menos en las sombras el miedo no conseguía alcanzarla.

Percibió una vibración leve en el interior de la mochila. Extrajo el móvil. Un mensaje de un número desconocido había llegado a su buzón de mensajes.

Rue D'Enfer  
Tombe de la musique  
23 h  
Kta dans le coeur

Por primera vez desde hacía semanas, Christine se permitió sonreír.